

Llena de inquietud, Sonia corrió á abrir.
El visitante no era otro que el señor Lebeziatnikof.

V

Andrés Semenovitch tenía el rostro alterado.

—Vengo á buscaros, Sonia. Dispensadme.... Sabía que os hallaría aquí—dijo bruscamente á Rascolnikof.— No es que me imaginara nada malo.... no creáis.... pero justamente pensaba..... Catalina Ivanovna ha regresado á su habitación. Está loca—concluyó, dirigiéndose nuevamente á Sonia.

La joven lanzó un grito.

—Lo parece, al menos. Y no sabemos qué hacer.... La han arrojado del lugar adonde había ido.... probablemente habrá sido á palos..... Y ahora expone sus proyectos á todo el mundo, sin excluir á Amalia Ivanovna. Dice que, como no le queda ningún recurso, tocará un organillo por la calle; sus hijos cantarán, bailarán é implorarán la caridad de los transeúntes. Todos los días irá á pedir limosna bajo las ventanas de casa del jefe de Simón Zakharitch, que hoy no quiso escucharla..... “—Se verá—dice—cómo los hijos de una familia noble piden limosna por las calles.” Pega á todos sus hijos y les hace llorar. Enseña una canción á su hija mayor, y da lecciones de baile á los pequeños. Desgarra sus ropas para hacer trajes de saltimbanqui, y á falta de instrumento músico, quiere llevarse una cuba á guisa de tambor..... ¡No tolera

ninguna observación!..... ¡No podéis imaginaros aquello!

Lebeziatnikof hubiera hablado mucho; pero Sonia, que le escuchaba casi sin respirar, tomó de pronto el sombrero y la mantilla y se lanzó fuera de la habitación. Conforme andaba, se iba vistiendo.

Los jóvenes la siguieron.

—Está completamente loca—dijo Andrés á Rascolnikof.—He dicho que lo parecía para no asustar á Sonia; pero no cabe duda. Parece que en el cerebro de los tísicos se forman tubérculos. ¡Lástima que yo no sepa medicina! Por otra parte, ya intenté aplacarla; pero Catalina Ivanovna no escucha á nadie.

—¿La hablasteis de los tubérculos?

—No; precisamente de los tubérculos, no. No me hubiera entendido. Pero lo que yo pienso es esto: si, con ayuda de la lógica, se puede persuadir á cualquiera de que no debe llorar, no llorará..... Esto es claro. ¿Por qué, pues, á vuestro juicio, ha de seguir llorando?

—Si eso fuera así, la vida sería demasiado fácil—respondió Rascolnikof.

Al llegar ante su casa, saludó á Lebeziatnikof y dirigióse hacia su aposento.

Cuando se halló en él, Rascolnikof se preguntó por qué había regresado.

Se acercó á la ventana, se asomó á ella y vió.... lo que cien mil veces más había visto.

Abandonó su puesto de observación y se sentó sobre el diván.

¡Nunca había experimentado tan terrible sensación de aislamiento!

Sí; de nuevo sentía que, en efecto, detestaba á Sonia, y que la detestaba después de haber aumentado su infortunio. ¿Por qué había ido á hacerla derramar lágrimas? ¿Qué necesidad tenía de envenenar su vida? ¡Oh vileza!

—Seguiré solo—se dijo resueltamente.—Y ella no irá á verme cuando esté preso.

Cinco minutos después alzó la cabeza y sonrió á una idea extraña que le asaltó de improviso.

—Quizá sea mejor, efectivamente, ir á trabajos forzados—pensaba.

De repente se abrió la puerta y apareció Advotia Romanovna.

La joven se detuvo en el umbral, mirando hacia dentro cómo mirara él antes á Sonia. Luego se acercó y sentóse frente á él.

Rascalnikof la contempló en silencio, sin leer ninguna idea en sus ojos.

—No te enfades, hermano mío; sólo vengo por un minuto—dijo Dunia.

Estaba seria, mas no severa; su mirada tenía una dulce limpidez.

El joven comprendió que el paso dado por su hermana era impuesto por el cariño.

—Hermano mío, ya lo sé todo. Demetrio Prokofitch me lo ha contado. Se te persigue, se te atormenta; eres objeto de sospechas tan insensatas como odiosas. . . . Demetrio Prokofitch supone que no hay nada que temer y que te inquietas en balde. No soy de su opinión. Perfectamente me explico el desbordamiento de indignación que en ti se ha producido, y no me sorprendería que tu vida entera se resintiese

á este golpe. Es lo único que temo. Te separaste de nosotros. . . . No juzgo tu resolución, no me atrevo á juzgarla, y te suplico me perdones las reconvenciones que te dirigí. Creo que en tu lugar haría lo que tú. Procuraré que mamá ignore todo esto; pero constantemente la hablaré de ti, diciéndola de tu parte que no tardará en ir á verla. No te inquietes por ella. La tranquilizaré; pero tú, por tu parte, no la apenes. Ve, aunque no sea más que una vez; ¡piensa que es tu madre! Mi solo objeto, al hacerte esta visita, era decirte—concluyó Dunia, levantándose,—que si por casualidad me necesitaras, fuese para lo que fuese, tuya soy hasta morir. . . . Llámame, y vendré. . . . ¡Adiós!

Le volvió la espalda y se dirigió hacia la puerta.

—¡Dunia!—dijo Rascalnikof, levantándose y avanzando hacia ella.—Esé Razumikin, Demetrio Prokofitch, es un excelente hombre.

Dunia se ruborizó ligeramente.

—¿Y qué—preguntó, después de un momento.

—Es un hombre activo, laborioso, honrado y capaz de un cariño verdadero. . . . ¡Adiós, Dunia!

La joven se había puesto encarnadísima; de repente sintió miedo.

—Pero, ¿es que nos separamos para siempre, hermano mío? ¡Parece que me lees tu testamento!

—No importa. . . . ¡Adiós!

Y apartándose de ella, se dirigió hacia la ventana.

La joven esperó un momento, le miró con inquietud y se retiró, toda turbada.

¡No, no era indiferencia lo que su hermana le inspiraba! Había tenido un instante (el último) en que sintiera violento deseo de abrazarla, de despedirse de ella

y de decírselo todo. Sin embargo, no tuvo valor ni amor para tenderle la mano.

—Pero luego se estremecería al recordarlo; diría que la robé un beso.

—Y además, ¿soportaría semejante confesión?—añadió mentalmente, algunos instantes después.

—No, no la soportaría. “Estas mujeres” no saben soportar nada.

Y su pensamiento volvió á Sonia.

Por la ventana entraba el aire fresco. La noche se acercaba. Rascolnikof tomó bruscamente su gorra y salió á la calle.

Sin duda no podía ni quería ocuparse de su salud. Pero aquellos terrores, aquellas angustias continuas debían tener sus consecuencias, y si la fiebre aún no le había aniquilado, era gracias á la fuerza ficticia que momentáneamente le prestaba su agitación moral.

Vagaba sin objeto. El sol se había puesto. Desde hacía algún tiempo, Rascolnikof experimentaba un sufrimiento que, sin ser agudo, se ofrecía con carácter de duración. Entreveía largos años de mortal ansiedad, “la eternidad en el espacio de un pie cuadrado.”

Ordinariamente era por la noche cuando más le obsesionaba aquel pensamiento.

—¡Con este estúpido malestar físico que produce la puesta del sol, no es extraño hacer tonterías! Iré á casa de Sonia y á la de Dunia—murmuraba con agitación.

Al oírse llamar, se volvió. Lebeziatnikof le seguía corriendo.

—He estado en vuestra casa; os busco. Catalina Ivanovna ha puesto su programa en ejecución: ha salido

con los niños. Gran trabajo nos ha costado á Sonia y á mí el encontrarlos. Lloran los angelitos. Se paran en mitad de la calle, ante las tiendas, y van seguidos de una multitud de imbéciles. Vamos pronto.

—¿Y Sonia?—preguntó con inquietud Rascolnikof, que se apresuró á seguir á Andrés Semenovitch.

—Ha perdido el juicio. No Sonia, sino Catalina. Por otra parte, quizá pueda opinar lo mismo de la joven. Cuanto á la de Catalina Ivanovna, es verdadera locura. Van á ser todos conducidos á la prevención, y figuraos el efecto que esto le producirá. Ahora están en el canal, cerca del puente X. . . . , no lejos de casa de Sofía Semenovna. Llegamos en seguida.

En el canal, á poca distancia del puente, hallábase estacionada gran multitud, compuesta, en su mayor parte, de niños de ambos sexos.

Cubierta la cabeza con un mal sombrero de paja; vestida con su estropeada ropa, sobre la que se había echado un viejo chal, Catalina Ivanovna justificaba demasiado las palabras de Andrés Semenovitch. Estaba agitadísima, y alentaba temblorosamente. Su rostro de física expresaba más sufrimiento que nunca (los tísicos tienen peor aspecto en la calle, á la luz del sol, que dentro de casa); pero no obstante su debilidad, era presa de una excitación que aumentaba por momentos.

Se lanzaba sobre los niños, los reprendía vivamente; se lanzaba delante de todo el mundo á la educación coreográfica y musical de sus hijos, recordándoles por qué era necesario bailar y cantar; luego, desolada al ver su falta de aptitud, empezaba á pegarles.

Interrumpía tales ejercicios para dirigirse al público; y no bien, entre los que les rodeaban, veía una per-

sona vestida decentemente, se acercaba á ella para explicarle á qué extremo se veían reducidos los hijos “de una familia noble, aristocrática.” Si oía risas ó frases burlonas, disputaba con los insolentes.

El hecho era que muchas personas bromeaban; otras meneaban la cabeza en señal de lástima, y todos, en general, miraban curiosamente á aquella loca rodeada de niños asustados.

Lebeziatnikof se había engañado al hablar de la cuba. Rascolnikof no la vió, por lo menos. Para acompañarse, Catalina Ivanovna palmoteaba cadenciosamente, mientras que Poletchka cantaba y Lena y Kolia bailaban. En ocasiones trataba la madre de cantar; pero, regularmente, la segunda nota era interrumpida por un golpe de tos. Y entonces se desesperaba, maldecía de su enfermedad y no podía menos de llorar.

Lo que sobre todo la ponía fuera de sí, era el llanto y el temor de Kolia y de Lena, sus hijos menores, vestidos como dijo Lebeziatnikof, con harapos, que les hacían aparecer miserables saltimbanquis.

Poletchka llevaba su ropa de todos los días. No se retiraba de su madre, cuyo trastorno intelectual adivinaba, y mirándola tímidamente, trataba de ocultarle sus lágrimas. La infeliz estaba asustada de verse en medio de la calle y entre aquella multitud.

Sonia seguía á Catalina Ivanovna, y sin cesar la suplicaba que volviese á su casa. Pero la loca se mostraba inflexible.

—¡Calla, Sonia!—balbuceaba, tosiendo.—No sabes lo que dices. Eres una niña. Ya te he dicho que no volveré á casa de aquella borracha. Que todo el mundo, que todo San Petersburgo vea reducidos á la mendici-

dad á los hijos de un noble padre que lealmente sirvió toda su vida al país, y que se puede decir murió sirviéndole.—(Catalina Ivanovna había logrado albergar aquella idea en su cabeza, y le hubiera sido completamente imposible abandonarla.)—¡Que el granuja del general (jefe de Simón Zakharitch) sea testigo de nuestra miseria! ¡Pero qué tonta eres, Sonia! ¿Comer? ¡Ya te explotamos bastante! ¡No quiero!..... ¡Ah, Rodion Romanovitch! ¿Sois vos?—exclamó, al ver á Rascolnikof.

Y se dirigió hacia él.

—¡Haced comprender á la inocente que éste es para nosotras el mejor partido!

Rascolnikof trató de persuadirla de que debía volver á su casa. Creyendo influir sobre su amor propio, hízola observar que no era conveniente ir de aquella manera por las calles, cuando abrigaba el pensamiento de abrir un colegio para jóvenes nobles.....

—¡Un colegio! ¡Ja, ja! ¡Qué buena broma!—exclamó Catalina Ivanovna.—Después de reír, tuvo un violento acceso de tos.—¡No, Rodion Romanovitch; el sueño se ha desvanecido! ¡Todo el mundo nos abandonó! Pero de todos me río. ¡Yo mantendré á mis hijos, sin necesidad de humillarme ante nadie! ¡Bastante la hemos martirizado!—añadió, mirando á Sonia.—Poletchka, ¿qué dinero hemos recogido? ¡Cuenta! ¡Cómo! ¡dos “kopeks” nada más! ¡Los muy ladrones no dan nada! ¡Se contentan con seguirnos, con tirarnos de la lengua! ¡Y por qué se ríe aquél? (Mostraba á uno de los que miraban.) ¡Siempre por culpa de Kolia! Por su falta de inteligencia, se burlan de nosotros. ¿Qué quieres, Poletchka? Háblame en francés. Te he dado

lecciones, y sabes algunas frases. Si no, ¿cómo conocerá nadie que pertenecemos á una noble familia, que sois niños bien educados, no vulgares músicos ambulantes? Dejaremos á un lado las canciones triviales; sólo cantaremos delicadas romanzas..... ¡Ah, sí! ¿Qué cantaremos ahora? Siempre me interrumpís y..... Ya lo véis, Rodion Romanovitch; nos hemos detenido para elegir nuestro repertorio, porque, como supondréis, esto nos cogió de improviso; nada teníamos dispuesto, y por fuerza hemos de tener un ensayo preliminar. En seguida iremos á la perspectiva Neosky, donde hay muchas personas de escogida sociedad y donde se nos conocerá inmediatamente. Cantaremos en francés "Cinq sous." Ya os enseñé esa canción. ¿La recordáis? Como que se trata de un aire francés, en seguida se notará que pertenecemos á la nobleza, la cual será mucho más conmovedor..... Podríamos agregar "Malbrough s'en va-t-en guerre"..... tanto más cuanto que esta canción es infantil y se usa en todas las casas aristocráticas para dormir á los niños.

"Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá."

—comenzó á cantar.—¡Pero no! Mejor es "¡Cinco sueldos!" Ea, Kolia, la mano en la cadera, ¡lista! Y tú, Lena, ponte frente á él. Poletchka y yo acompañaremos.

"Cinco sueldos: cinco sueldos
para alhajar nuestra casa."

—¡J-ji! ¡j-ji! ¡j-ji! Poletchka, súbete esa ropa; se te cae de los hombros—agregó, empezando á toser nuevamente.—Ahora se trata de presentarse convenientemente y de enseñar lo bien formado del pie, para que

se vea que sois hijos de un noble..... ¡Otro soldado! ¿Qué deseas, imbécil?

—Está prohibido—respondió el aludido, un gendarme que se había acercado,—está prohibido producir escándalo en las calles. Os ruego que seáis más comedida.

—¡Eres un importuno! ¡Estoy en el mismo caso que los organilleros! ¡Déjame en paz!

—Los organilleros deben obtener licencia; vos no la tenéis, y dais lugar á que se formen grupos en las calles. ¿Dónde vivís?

—¿Qué es eso de licencia?—vociferó Catalina Ivanovna.—Hoy enterré á mi marido. Me parece que esto es una licencia.

—Calmaos, señora—exclamó, interviniendo, un empleado que poco antes había dado limosna á los infelices.—Venid, os acompañaré..... No os halláis en vuestro sitio en medio de esta multitud..... ¡Estáis enferma!.....

—¡Vos no sabéis nada, caballero!—gritó Catalina Ivanovna.—Tenemos que ir á la perspectiva Neosky..... ¡Sonia, Sonia! ¿Dónde está? ¡Llora también! Pero, ¿qué tenéis todos?..... ¡Kolia, Lena! ¿Dónde estáis?—exclamó, con repentina inquietud.—¡Oh, necias criaturas! ¡Kolia! ¡Lena! Pero, ¿dónde están?

Viendo que un soldado iba á detenerlas, Kolia y Lena, ya muy asustadas por la presencia de la multitud y las excentricidades de su madre, invadidas por un terror loco, escaparon á todo correr.

La infeliz Catalina Ivanovna, morando y gimiendo, se lanzó en su persecución. Sonia y Poletchka corrieron tras de ella.

—¡Hazles volver, Sonia; llámales! ¡Oh, qué criaturas más tontas y más ingratas!..... ¡Cógemelas, Kolia! ¡Después que por vosotros!.....

En su carrera, uno de sus pies tropezó, y la infeliz cayó de bruces.

—¡Se ha herido! ¡Está llena de sangre! ¡Oh Dios mío!—exclamó Soña, inclinándose sobre su madrastra.

Pronto se formó un grupo en derredor de las dos mujeres.

Rascólnikof y Lebeziatnikof fueron los primeros en acudir. Tras de ellos corrieron el empleado y el genarme.

Catalina Ivanovna fué conducida á casa de Sonia.

La habitación se vió pronto llena de curiosos, entre los cuales, de repente, apareció Svidrigaylof.

Ignorando que habitara en aquella casa, Rascólnikof quedóse admirado al verle.

Se habló de llamar á un médico y á un sacerdote. El empleado consideraba inútiles los auxilios de la ciencia, y así lo dijo á Rascólnikof; sin embargo, hizo lo necesario para procurar socorro á la enferma. Kaper-naunof, el patrón de Sonia, fué en busca de un doctor.

Mientras tanto, Catalina Ivanovna estaba algo más tranquila, y la hemorragia había cesado momentáneamente. La infortunada clavó una mirada doliente, pero fija y penetrante, en la pobre Sonia, que, pálida y temblorosa, la limpiaba la frente con un pañuelo. Por último, pidió que la incorporasen. Fué sentada en la cama; dos mujeres la sostuvieron.

—¿Dónde están los niños?—preguntó con voz dé-

bil.—¿Los trajiste, Kolia?..... ¡Oh, los imbéciles! —exclamó al verlos.—¿Por qué os escapasteis?..... ¡Oh!

La sangre aún cubría sus labios secos. Paseó la mirada por la habitación.

—¡En este tabuco vives, Sonia?..... ¡Ni una sola vez había venido por tu casa!..... ¡Ha sido preciso esto para que la vea!.....

Dirigió á la aludida una mirada llena de compasión.

—Te hemos sacrificado, Sonia..... Kolia, Lena, Kolia..... venid..... Ahí los tienes, Sonia; tómalos..... En tus manos les pongo..... Yo..... ya tengo bastante..... ¡El baile ha concluído! ¡Dejadme, dejadme morir tranquila!

Fué obedecida; se dejó caer sobre una almohada.

—¿Qué? ¿Un sacerdote? No le necesito. ¿Acaso tenéis un rublo de sobra, por casualidad?..... ¡En mi conciencia no hay manchas!..... Y aun cuando las hubiera, Dios debe perdonarme..... ¡Sabe cuánto he sufrido!..... ¡Tanto peor si no perdona!.....

Sus ideas se confundían más cada vez. A menudo se estremecía, miraba en torno suyo, y durante un minuto contemplaba á los que la rodeaban; pero en seguida volvía á ser presa del delirio. Respiraba penosamente. Se oía como un bullicio en su garganta.

—Le dije “¡Excelencia!”—gritaba, deteniéndose después de cada palabra.—Esta Amalia Ludoigovna.... ¡Ah! ¡Lena, Kolia, la mano á la cadéra! ¡pronto! Y deslígao, deslígao..... ¡Golpea tú con los pies!..... ¡sé gracioso!

“Du hast Diamanten und perlen”.....

(Tienes diamantes y perlas.....)

—¿Qué sigue? No; esto es lo que hay que cantar....

“Du hast die schönsten augen,
Mädchen, was willst du mehr”.....

(Tienes los más lindos ojos.....)

¿Qué más ambicionas, niña?)

—¡Verdad! ¿Qué más quiere la imbécil?..... ¡Ah!
¿Y esto?

En un valle del Daghestan
que el sol quema con sus rayos.....

—¡Ah, cómo me gustaba! ¡Cómo me gustaba esta
romanza, Poletchka!..... Tu padre la cantaba duran-
te nuestro matrimonio..... ¡Oh, qué días!..... ¡He
aquí lo que debíamos cantar! ¡Sí! ¿Y por qué no? ¡Có-
mo! ¿Lo he olvidado?..... Pero, ¡recordadme como
sigue!

Presa de extraordinaria agitación, la infeliz hacía
esfuerzos para levantarse. Por fin, con voz ronca, aho-
gada y siniestra, comenzó, alentando á cada palabra y
expresando en su rostro creciente espanto:

En un valle..... del Daghestan.....
que el sol.... quema con sus rayos....
con un balazo en el pecho.....

Luego, de repente, Catalina Ivanovna rompió á llo-
rar, y con desconsuelo conmovedor:

—¡Excelencia!—exclamó.—¡Proteged á los huérfa-
nos! ¡En recuerdo á la hospitalidad recibida en casa de
Simón Zakharitch!..... ¡Una casa que puede de-
cirse hasta aristocrática!.....

Se estremeció súbitamente, y como tratando de re-
cordar dónde estaba, miró con una especie de angustia

á todos los presentes. Reconociendo á Sonia, pareció
sorprendida.

—¡Sonia, Sonia!—exclamó, en voz dulce y tierna.—
¡Querida Sonia! ¿estás ahí?

De nuevo la levantaron.

—¡Basta!..... ¡Esto ha concluído!..... ¡La bestia
ha muerto!—gritó la infeliz enferma, con acento de
amarga desesperación.

Y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Se adormeció una vez más, pero no para mucho tiem-
po. Su amarillo y flaco rostro se echó atrás, abrióse su
boca, sus piernas se estiraron convulsivamente, dejó es-
capar un profundo suspiro, y murió.

Sonia, más muerta que viva, se precipitó sobre el
cadáver, le estrechó en sus brazos y apoyó la cabeza en
el pecho de la difunta. Poletchka empezó á sollozar,
besando los pies de su madre. Kolia y Lena, dándose
cuenta igualmente de aquella catástrofe espantosa, pa-
saron sus brazos el uno sobre el cuello del otro, y, des-
pués de mirarse á los ojos, comenzaron á gritar.

Rascolnikof se dirigió hacia la ventana. Lebeziatni-
kof se apresuró á acercarse.

—¡Ha muerto!—dijo Andrés Semenovitch.

Svidrigaylof se acercó á ellos.

—Rodion Romanovitch, quisiera dirigiros dos pala-
bras.

Lebeziatnikof les dejó solos. Svidrigaylof llevó apar-
te á Rodion, que estaba muy intrigado al notar sus mo-
dales.

—De todos estos asuntos, es decir, de la inhumación
y lo demás, yo me encargaré. Sabéis que todo cuesta di-
nero, y, como os dije, yo lo tengo y no me sirve para

nada. En cuanto á los niños, les haré ingresar en un colegio de huérfanos, donde estarán bien, y colocaré una suma de mil quinientos rublos por cada uno para que les sean entregados al cumplir la mayor edad, á fin de que Sofía Semenovna no tenga que ocuparse de ellos. Por lo que á Sofía respecta, la retiraré del lupanar, porque es una buena chica. ¿No lo creéis así? Podéis comunicar á Advotia Romanovna el uso que hago de su dinero.

—¿Con qué fin os mostráis tan generoso?—preguntó Rascolnikof.

—¡Qué escéptico sois!—respondió, riendo, Svidrigaylof.—Ya os dije que este dinero no me era necesario. Pues bien, obro puramente por humanidad. ¿Acaso no admitís esto? Después de todo—agregó, indicando con el dedo el extremo del aposento en que reposaba la difunta,—esta mujer no era un “mal reptil,” como cierta usurera. ¿Convenís en que valía más “que ella muriera y que Lugin viviese para cometer infamias?” Sin mi ayuda, Poletchka, por ejemplo, se vería condenada á arrastrar la misma vida que su hermana.....

Su tono, alegremente malicioso, estaba lleno de intención, y, mientras hablaba, no apartaba los ojos de Rascolnikof.

Este palideció y sintióse estremecer al oír las expresiones textuales de que se sirviera en su conversación con Sonia. Retrocedió bruscamente, mirando á Svidrigaylof con aire extraño, y tartamudeó:

—¿Cómo..... sabéis?

—Es que yo habito aquí, al otro lado de esa pared, en casa de la señora Resslerich, mi venerable y excelente amiga. Soy vecino de Sonia.

—¿Vos?

—Yo—continuó Svidrigaylof, que reía hasta retorcerse.—Y os doy mi palabra de honor, muy querido Rodion Romanovitch, de que me habéis interesado extraordinariamente. Os dije que volveríamos á encontrarnos; tenía ese presentimiento..... ¡Y así ha sido! Ya veréis cómo soy hombre discreto y tratable; ya veréis cómo se puede vivir conmigo.....

SEXTA PARTE

I

La situación de Rascolnikof era extraña: hubiérase dicho que una especie de niebla le envolvía y le aislaba de los demás hombres. Cuando, después, recordaba esta época de su vida, adivinaba que en ocasiones había debido perder la conciencia de sí mismo, y que aquel estado duró, con ciertos intervalos lúcidos, hasta la catástrofe definitiva. Estaba convencidísimo de que entonces había cometido muchos errores; por ejemplo: que la sucesión cronológica de los acontecimientos se le había escapado. Al menos, cuando más adelante quiso poner en orden sus recuerdos, se vió obligado á recurrir á testimonios extraños para saber muchas particularidades sobre sí mismo.

Confundía, sobre todo, un hecho con otro, ó bien consideraba tal incidente como la consecuencia de un suceso que sólo existía en su imaginación. En ocasiones veíase dominado por un miedo morboso que de-